LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 23 de Septiembre de 1916

AÑO XII | No se devuelven los originales | Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2 | Número suelto cinco céntimos | N.° 627

Dios ante todo y sobre todo

Es punto menos que imposible sustraerse a ciertas influencias del medio ambiente, mucho más si esas corrientes de opinión rayan en el entusiasmo y por añadidura tienden a procurar el bienestar y el engrandecimiento de la Patria.

Toda España se halla embargada y llena de emoción y hasta desasosegada por el temor de que los españoles tengamos que tomar parte en la presente conflagración mundial, que ya va pareciéndose al caos primitivo en que todo era tinieblas y confusión. No vamos hoy a ponderar las inapreciables ventajas y los gravísimos males que habremos de evitar al no quebrantar nuestra bendita neutralidad. Son tan del dominio público las contundentes razones que en favor de esa actitud neutral militan, y tantos los trabajos periodísticos brillantes que la Prensa ha puesto en circulación en estas críticas circunstancias, que no creemos necesario reproducirlas en las columnas de La Caridad.

Con todo, no estará de más advertir que este movimiento patriótico no puede menos de ser preconizado por los que de católicos nos preciamos ante todo y sobre todo. Siempre la Religión verdadera consideró como un deber sagrado y obligatorio en conciencia el defender a la Patria, como obra de Dios que es, y necesaria como medio de vivir ordenada y pacíficamente mientras caminamos en el servicio de Dios y del prójimo por Dios hacia la verdadera Patria que es el Cielo.

Sabido es que la Religión verdadera antes de la venida de Jesucristo era la Religión de los hijos de Israel, que deriva inmediatamente de Dios y por el conducto de nuestros primeros padres, de los Patriarcas y Profetas fué transmitida, hasta que el Mesías vino a fundar la Religión única verdadera y la que ha de durar hasta la consumación de los siglos.

Pues bien: los libros Santos donde se contiene la palabra de Dios revelada son una fuente inagotable de patriotismo, subordinado siempre al beneplácito divino y al cumplimiento de la voluntad y ley divinas. Léanse los libros de Moisés, los de los Reyes, los del Eclesiástico, los de los Profetas mayores y menores, los sublimes Salmos de David, y a cada paso encontraremos exhortaciones y preceptos en el sentido de haber de amar y defender la Patria, entonces la *Nacionalidad hebrea*. En los famosos libros de los Macabeos, con que se cierra el Antiguo Testamento, llega el patriotismo a la exaltación, al sacrificio heroico. Claro está que siempre dan la primacía las Sagradas Escrituras al Santuario y a las leyes de Dios; pero por esto mismo, se hace más venerando el amor hacia la Patria.

No hay que decir que en el Nuevo Testamento, y en la Ley de Gracia, cuando las esperanzas y las figuras de la Religión hebráica pasan a ser realidad, reciben un sello más sagrado y auténtico, si cabe, tan sublimes enseñanzas. El Hijo de Dios confirma con su augusta Autoridad, del Padre recibida, hasta el último ápice del contenido de la Biblia. El Salvador del mundo en los momentos más solemnes de su vida quiere darnos lecciones de patriotismo; y lo hace poco antes de su muerte. Al contemplar desde cierta distancia Jerusalén y su Templo derrama amargas lágrimas sobre la suerte que habrían de caber a esa amadísima Ciudad y a ese Templo cifra y encarnación del patrio amor. Y el corazón amantísimo de Jesús, se conmueve ante la perspectiva del endurecimiento de su Nación que habría de rechazar en gran número a su Mesías, esperado por tantos siglos con indecibles ansias; y porque en consecuencia del deicidio habría de expiar tanta rebeldía.

Los Santos Padres a una encarecen y enaltecen el amor y el sacrificarse en aras del patriotismo, por ser esta conducta parte integrante de la ley natural y divina. Santo Tomás por no citar más, demuestra «que con igual piedad y amor debe servirse y honrarse a la Patria que a los autores de nuestros días.»

Nosotros quisiéramos que no se olvidasen estas enseñanzas, que no es la primera vez que citamos, a fin de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Nos parece muy bien que con el mayor entusiasmo se escriba y se labore por la neutralidad. Pero, por Dios, no nos olvidemos que sin la protección, sin el concurso, sin la gracia de Dios, no lograremos *absolutamente nada. A Dios rogando y con el mazo dando* dice el pueblo y ésta debe ser la norma de conducta en todas las crisis de la vida, ora sean individuales, familiares o nacionales. «Si Dios no guardare la casa (la material y la política con todos sus constitutivos como explican los intérpretes) en vano se esfuerzan lo que pretendan edificarla. Y si Dios no guardare la Ciudad, en vano vigilan los que la custodian... Es en vano que se madrugue y se abrevie el sueño y se coma el pan con dolor por exceso de trabajo, si Dios no favorece todas las empresas. Así habla el Real Profeta en el Salmo 126. Sin Mí nada podéis hacer, asegura Jesucristo en el Evangelio (*S. Juan* XV-5). Porque en El vivimos, nos movemos y somos (*Hechos de los Apóstoles* XVII-28).

No perdamos jamás de vista estas advertencias divinas, condición esencial del éxito en ésta, y en tôdas las empresas. Todo lo demás es paganismo e idolatría consciente o inconsciente; Dios en todo, ante todo y sobre todo.

X.

A los dos años de guerra

Dura ya mucho el triste espectáculo. Aun los que somos nada más que espectadores nos vamos cansando y nos parecen un poco aburridas las jornadas del drama, y largas en demasía.

Los autores han creído que por muchos personajes y muertes que hubiera en escena sería más dramática la representación, y lo han hecho de verdad, vertiendo ríos de sangre, capaces de ahogar a los pocos espectadores que quedamos sin intervenir en la trama, y no han conseguido sino cansarnos y asquearnos.

Sí, porque en verdad que es para tanto y mucho más contemplar a las naciones que se decían y siguen llamándose las más civilizadas, dirimir sus contiendas como el más rústico gañán, a golpes y navajazos. Y no contentos con ello, traen para que les ayuden y vean como son los civilizados, a todos los pueblos y tribus, más o menos salvajes, a los cuales impusieron el yugo de la servidumbre y dominación, con el pretexto de que siempre andaban en lucha y de camorra.

Y vieron estas gentes de color, traídas de todos los confines del mundo, que los hombres blancos, que fueron a sus selvas a predicarles la paz y el sosiego del trabajo, son más feroces que ellos y menos racionales, producen catástrofes y mortandades más horrendas y se odian entre sí con más sanguinario odio que las tribus de la selva.

Yo no sé el caso que harán ya del misionero blanco cuando vaya a predicarles con el Crucifijo en la mano el amor fraternal en nombre de Jesús, que murió en la Cruz por amor de todos. Lo menos que le dirán es que comencemos nosotros por darles ejemplo de lo que predicamos.

¡Y esto después de veinte siglos de Cristianismo, en que el sacerdote y el pueblo todos los días se desean la paz en el incruento sacrificio de la Misa con las mismas palabras que eran el saludo de Jesús cuando moró entre los hombres! ¡Y todavía se lee el Evangelio que habla de la reconciliación fraterna y dice que se deje la misma ofrenda ante el altar y vayamos primero a pedir perdón a nuestro hermano ofendido!

Pero no es la civilización con Cristo la que causa la guerra, sino la civilización lejos de Cristo. Porque, digan lo que quieran unos y otros, la dulce y amorosa figura de Jesús había sido, por brutales manos hermanas de aquellas que en la Cruz le clavaron un día, arrancada de los códigos morales, de las cátedras y de las escuelas, de los Tribunales y de los Parlamentos y del fondo de las conciencias de todos los que ahora se pelean. Crímenes contra el Crucificado por amor todos tenían sobre sí, y los están purgando. ¡Tremendos eran cuando no son para borrarlos y lavarlos tan grandes ríos de sangre!

Pidamos perdón para todos; protestemos del crimen de leso cristianismo y civilización que cometen las naciones en guerra e invitémosles a que depongan las armas y los odios y se den el abrazo de hermanos.

D. G. Hughes

CRISTO

El que puede con fuerzas celestiales
lograr la destrucción del orbe entero,
en ese tosco y rígido madero
clavado está por manos criminales.

Aún se ven en sus rostros las señales
que hiciera a su bondad el odio fiero,
mas su labio, que Dios trueca en venero,
sólo vierte perdones a raudales.

Mira aquí, si en el alma entristecida
sangrando de dolor llevas la herida
que el mundo te causó, mira y aprende.

Y si alguno te ofende, sin tardanza
perdona, pecador, al que te ofende,
que el perdón vale más que la venganza.

F. Arévalo

Mosaico Local

El exquisito poeta Francis James nos cuenta la muerte, en el seno de la Religión católica, del gran filósofo y pedagogo francés Georges Dumesnil.

Este sabio, formado en la misma escuela de Taine distinguióse con sus primeras especulaciones científicas por una tendencia demagógica intensa. Poco después, y aun en plena juventud, convirtióse, por la gracia de Dios, a la Iglesia verdadera.

«Mi querido James—decía Dumesnil—: mi conversión ha sido facilísima. mi excursión por Alemania de 1882 al 1884 hizo que me repugnasen los lobos que ensucian las fuentes donde van a beber los corderos franceses. Filosóficamente estaba salvado. En cuanto a lo que en mí quedaba del Homais anticlerical, habéis de saber que nací muy cerca de Flaubert. ¡Es sencillísimo! Iba desapareciendo a medida que exponía